

Peronismo

● José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

115 El tiempo no, la sangre



EL PODER Y LA BOCA DEL FUSIL

El freno que pone Perón con su retorno lo expresó en una frase de gran poder conceptual y estético. Es una frase vigorosa y traslúcida, rara virtud. La lucha no había terminado, pero la que se iniciaba ahora tenía características diferenciadas. El peronismo y su líder habían llegado hasta donde ahora estaban (al frente del gobierno del país) por una lucha sin cuartel contra quienes los habían segregado, prohibido. Esa lucha había sido cruenta. En esa lucha se había derramado mucha sangre. La etapa de la reconquista del gobierno estaba teñida por la sangre de quienes se habían jugado a fondo por ella. Al hacerlo, muchos perdieron la vida. Además, la represión se cobró las vidas de otros. *Esa etapa fue la de la sangre*. Esa etapa —ahora— había terminado. El país no requería sangre sino laboriosidad, unidad, comprensión. Estas tareas se hacen dentro del ámbito de lo civil, que no es el de la guerra. Ya no era necesario continuar *la política por otros medios*. Ahora, la política podía realizarse por medio de la política. Si la guerra exige decisiones drásticas y veloces, si exige la vida de los soldados, si reclama su impiedad para con los enemigos, si la victoria le importa más que la sangre derramada porque, a menudo, cuanta más sangre se derrama más implacablemente se la conquista, si la victoria —como dice Clausewitz— es el precio de la sangre, la política es el arte de la paciencia, de las trabajosas mediaciones hegelianas, de los acuerdos por sobre los desacuerdos. Exige un duro autocontrol. Perón lo sabía: “A algunos quisiera darles una patada, pero les doy un abrazo”. O también: “Hay que saber cederle al adversario el 50 por ciento, siempre que uno se quede con el 50 por ciento más importante”. La política, al ser el arte de la paciencia, es un arte que requiere tiempo. Requiere, también, palabras. No hay palabras en la guerra. Las órdenes se gritan y los gritos exigen la inmediatez, el acatamiento veloz e irreflexivo. Pero —sobre todo— la ausencia de palabras se produce entre un bando y otro. Un ejército que marcha a la batalla contra otro que viene hacia él con el mismo motivo no tiene necesidad de palabras. Ahí, las palabras murieron. Hablan los fusiles. En la guerra, lejos de la paciencia, el tiempo se expresa como velocidad ya que se expresa como sorpresa. El paso del tiempo irrita al guerrero. Toda batalla tiene que darse cuanto antes. Hay que tomar la iniciativa o la tomará el enemigo. Las guerras —además— no pueden durar mucho. Desgastan demasiado. Hitler jugó sus fichas a una *guerra relámpago*.

El tiempo que pide Perón es el que implica la paciencia, la sabiduría de la espera. En una de esas definiciones sorprendentes que entrega José Hernández en el pasaje de la payada entre Fierro y el Moreno se lee: *El tiempo sólo es tardanza de lo que está por venir*. Mas, ¿qué es lo que está por venir? ¿Es lo que nosotros queremos o lo que quiere el otro? Eso no tiene importancia para el tiempo. Cualquiera sea la cosa que traiga su condición es la de la tardanza. El tiempo viene hacia nosotros. Pero nos irrita su tardanza. Al tiempo lo tiene que hacer uno. Y aquí nos acercamos a la definición heideggeriana: el Dasein no es realidad, es posibilidad. Y Sartre insistirá en remarcar: al ser posibilidad es uno el que se proyecta hacia sus posibles y eso abre el horizonte. El tiempo no existe porque viene hacia el hombre. Existe porque el hombre lo crea por medio de sus posibles. Es el *estado de arrojado* del Dasein el que abre la temporalidad. Pero esa temporalidad tiene un ritmo de realización en la guerra y otro en la política. La política es lenta. Se hace a través de miles de palabras. Ahora —estándociendo Perón— hay que hacer política. Hacerla exige tiempo. De aquí que exija la primacía del tiempo sobre la sangre. No era esto lo que pensaba la conducción de la Orga. Perón creía en un tiempo de guerra (el de la sangre, ya superado) y un tiempo de diálogo, de política (el de la paciencia, el que ahora debía tener primacía). Pero Firmenich no creía que la guerra se pudiera detener. En el N 17 del *Desca* se publica un reportaje al jefe de la Orga. Acaba de visitar a Perón en Gaspar Campos. Es el día de la caída de Allende. La pregunta que se le formula es:

—Hasta ahora las organizaciones político-militares FAR y Montoneros se han caracterizado por expresarse militarmente a través de la guerrilla urbana, ¿esta gestión de ustedes implica un cambio de método en el

accionar político de estas organizaciones?

Responde Firmenich:

—Nosotros siempre hemos sostenido que esta guerra es integral, para repetir al General Perón, que se hace en todo momento, en todo lugar y de todas formas (...) en las actuales circunstancias en que estamos pasando de la consigna de “Perón Vuelve” a “Perón al Poder” nos encontramos en un cambio de etapas que obliga a un cambio de métodos.

—¿Esto quiere decir que ustedes abandonan las armas?

—De ninguna manera: el poder político brota de la boca del fusil. Si hemos llegado hasta aquí ha sido en gran medida porque tuvimos fusiles y los usamos; si abandonáramos las armas retrocederíamos en las posiciones políticas. En la guerra hay momentos de enfrentamiento, como los que hemos pasado, y momentos de tregua en los que cada fuerza se prepara para el próximo enfrentamiento. En tanto no haya sido destruido el poder del imperialismo y la oligarquía debemos prepararnos para soportar o afrontar el próximo enfrenta-

miento (...) Chile es un ejemplo que nosotros no debemos repetir de esa agresión ejercida contra un pueblo desarmado” (Baschetti, *Documentos*, 1973-1976, Volumen I, ed. cit., pp. 193/194).

SANTUCHO Y EL MAYO FRANCÉS

Notemos la habitual crítica de los sectores de la lucha armada contra el gobierno de Allende. El MIR se lo había planteado demasiadas veces al líder de la Unidad Popular: armar al pueblo, no cesar en la guerra o todo se perderá. Ahora Firmenich vuelve sobre lo mismo: si dejamos las armas vamos a perder como perdieron los chilenos. Y el Robi Santucho —en un diálogo con periodistas en tiempos de la asunción de Cámpora— decía: “No apoyaremos al gobierno del presidente Cámpora porque sus medidas no van contra el sistema”. Condenaba también a Velasco Alvarado y muy especialmente a don Salvador Allende, cuyo gobierno —afirmaba— era sin duda “progresista, popular, antiimperialista, aunque no revolucionario” (Bonasso, *El presidente que no fue*, ed. cit., p. 681). Ya Santucho había asombrado a los represen-

tantes de la Liga Comunista Francesa (LCF), entre quienes estaba nada menos que Ernest Mandel, cuando, en medio de las barricadas del Mayo Francés, dijo:

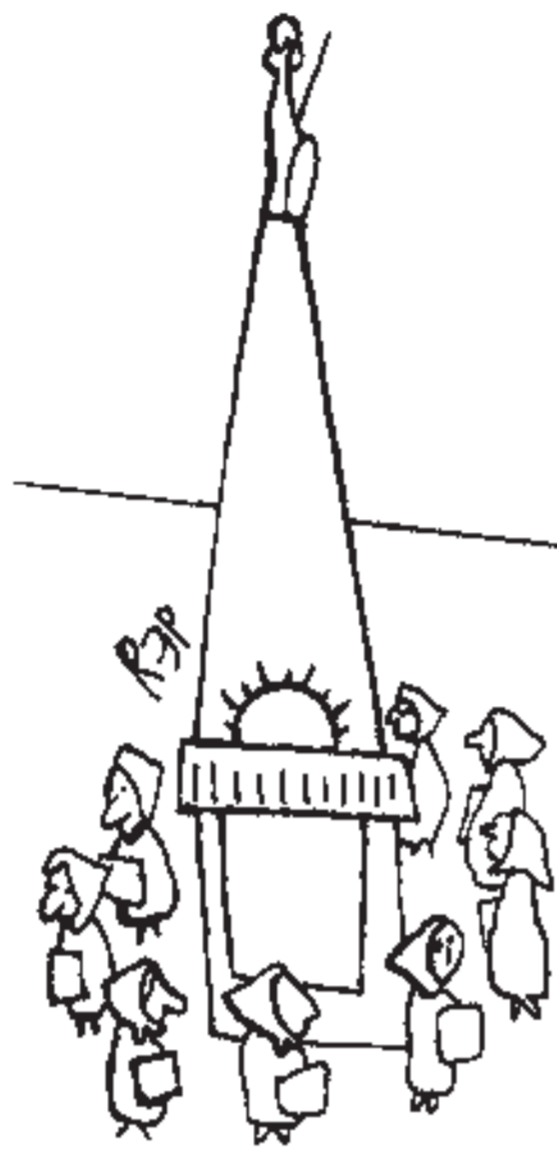
—Ustedes tienen un bajísimo nivel de violencia en las acciones de masas.

Daniel Bensaid (que se contaba entre los miembros de la LCF que debatieron con Santucho en ese viaje) habría de decir: “Nos sorprendió porque para nosotros ardía el mundo. Creo que en ese comentario hay una síntesis precisa de lo que él entendía por violencia. ¿Existe acaso mayor tensión violenta que el momento en que millones han decidido romper el diálogo político y pasar a la acción directa al movilizarse? Pero Santucho pensaba en la violencia de la guerra de guerrillas, estratégica, de las elites. En cierto sentido, una fuerza de choque que superara la voluntad inmediata de millones para asaltar el poder. Esto nos distanciaba porque como trotskistas —aunque en esos tiempos veíamos con simpatía a las guerrillas— teníamos una tradición política distinta. Por muchas razones, en la América latina de esos años la política

había sido desprestigiada hasta los límites de la mentira, del engaño, y se acentuaba cada vez más la explotación capitalista, la marginación de los trabajadores y la dependencia del centro imperialista. Santucho reflejaba esa tragedia argentina” (María Seoane, *Todo o nada. La historia secreta y la historia pública del jefe guerrillero Mario Roberto Santucho*, Planeta, Buenos Aires, 1991, p. 102). El desprecio de Santucho tenía otras raíces acaso más legítimas. Todos los militantes de la izquierda latinoamericana o —sin duda— argentina, no daban nada por el célebre “Mayo Francés”. ¿Desde cuándo los niños francesitos iban a hacer una revolución? Era muy fácil ser revolucionario en un país europeo, en un país metropolitano, ahí donde la policía no va a matar a nadie ni va a torturar ni nada que se le parezca. Este desdén está en el cuento que he citado de Alfredo Bryce Echenique, *La más hermosa muerte del Mayo Francés*. Bryce se había radicado en Europa a partir de 1964. Regresa a Perú recién a fines de la década del ‘90. Antes, estudia en La Sorbona. Viaja por varios países entregando esa imagen transitada del escritor azaroso, que sale a

conocer el mundo para poblar sus ficciones. Aunque sin llegar a esa esquemática y hasta caricaturesca tipología del *macho-writer* que ofreció Hemingway, donde la curiosidad del narrador se mezcla con los paisajes, las mujeres inagotables, el alcohol, las peleas de cantina, las comidas, las sangrientas tardes de toros y —para cerrar el círculo con el más egocéntrico de los excesos— el suicidio. No. A partir de 1968, Bryce “fue profesor en Nanterre, La Sorbona, Vincennes, y desde 1980 en la Universidad Paul Valéry de Montpellier” (César Aira, *Diccionario de autores latinoamericanos*, ed. cit., p. 102). A comienzos de los ‘90 viene a un congreso de literatura que organiza el menemismo. Todo era muy confuso. Venían grandes escritores y era una especie de desatención no reunirse con ellos. Tampoco había tiempo de hacer algo alternativo. Había —y ésta fue la salida— una cena fría que, se supo, sería generosa y carecería de figuras del oficialismo. Los escritores argentinos fueron. Se comieron y se bebieron todo. Y hablaron con sus colegas latinoamericanos. Al día siguiente, era el congreso, o su inauguración. No fue nadie. Bryce era el encargado de hablar. Menem se sentó a su lado. Y alguien más: Luis Barrionuevo, que acababa de decir sus dos frases para la posteridad y para la comprensión profunda de este país: 1) “Si dejamos de robar dos años el país sale adelante”; 2) “Aquí, la guita no se hace trabajando”. Bryce, algo confundido por no ver escritores en la sala, sino a todo el farandulaje menemista con sus galas agobiantes, decide decir su discurso mirando a Menem. Al día siguiente, en los diarios, la única foto que sale del congreso de escritores latinoamericanos es la de Luis Barrionuevo, mirando a cámara, exultante, con unos dientes carísimos. Bryce no había pasado una buena jornada.

En su libro *Guía triste de París* se describe a sí mismo (Bryce es un apasionado de eso que hoy —abusivamente— se da por llamar *literatura del yo*, como si fuera muy sencillo decidir qué es el “yo”, objeto cortejado por la filosofía desde Descartes hasta encontrar su punto más perfecto en *La trascendencia del Ego* de Jean-Paul Sartre, obra genial que ninguno de sus detractores ha leído bien) como un latinoamericano que observa la batahola que arman esos niños de papá, esos nenes bien, esos estudiantes rebeldes. Nada sabían de las atrocidades de los dictadores latinoamericanos. No corrían ni remotamente riesgos semejantes. No murió ni uno. La policía reprimió con cautela. Algunos buenos palos y listo. De Gaulle retó a un policía que había tomado de un brazo a Sartre para llevarlo hasta la vereda: “¿Cómo se atreve usted a tomar por el brazo a Voltaire!”. Bryce se pasea entre los estrépitos y las barricadas. Nada lo impresionaba demasiado. Un latinoamericano —para juzgar los alcances de una rebelión— mira ante todo la cara de los represores. Bryce los vio demasiado serenos. Por fin, suspira, De Gaulle les dio el Teatro Odeón y allí se amontonaron para seguir con el alboroto. Sartre fue el único filósofo al que le permitieron hablar. Pero cuando el maestro se ubicó frente al micrófono encontró una nota algo desatenta: “Sartre, no nos des la lata”. Otra versión es: “Sé breve, Sartre”. El gran maestro estaba escribiendo su *Flaubert (El idiota de la familia)* que alcanzaría más de dos mil páginas... sin llegar a *Madame Bovary*. ¿Cómo podría ser breve? Aburrido, Bryce vagabundea por las calles ahora desiertas y encuentra un cine en el que dan una película de su actor norteamericano predilecto, Richard Widmark. Acompañado por Henry Fonda, Harry Guardino, Inger Stevens y James Whitmore. Se llama *Police sur la ville*. Los rebeldes habían casi destruido el cine la noche anterior. ¡Una película norteamericana (*imperialista*) con la palabra *police* en su título! Bryce ve las cosas de otro modo. Es una peli con Widmark, el ídolo de sus años tiernos. Como lo fue Robert Mitchum. O Kirk Douglas. Entra. Está casi solo en la sala. El film es *Madigan*, un gran policial de Don Siegel en el que Widmark —que casi siempre muere en sus mejores trabajos— es baleado por un psicópata al que ha perseguido desde el comienzo del film. Es una de sus mejores muertes. La cara se le quiebra en un gesto de dolor cuando recibe la descarga, aprieta los dientes, echa la cabeza hacia atrás y cae. Uno se estremece. Bryce también. Y empieza a caminar hacia la primera fila. “Widmark se moría como lo que es, un actorazo”. Muere en una ambulancia.



JUAN DOMINGO TIENE UNA OPORTUNA VISIÓN.

Antes pregunta por su mujer. “Te espera en el hospital”, le dice su mejor amigo, que sufre como un perro. “Muy tarde”, dice Madigan y muere. Entonces Bryce sale del cine y, solo, en medio de algún boulevard vacío, grita: “¡Idiotas! ¿Cómo se atrevieron a destrozarse este cine? ¡Acabo de ver la única y la más bella muerte del Mayo Francés!”.

En serio: nos burlábamos del Mayo Francés. Eran esos pendejos de la burguesía, aburridos de vivir tan bien y, sobre todo, tan seguros. Además, al año siguiente, estalló aquí el *Cordobazo*. Y eran los obreros los que inmovilizaron la ciudad. Los obreros. Y una cosa son los obreros de Sitrac-Sitram y otra los francesitos de la Sorbona. En todo lo otro, Santucho se equivocaba. La violencia del Mayo Francés trasladada a la Argentina habría sido una revolución o una masacre infernal de militantes. Pero la cosa no habría cambiado por la violencia armada que él siempre vio como solución. Sólo adelantemos —por el momento— un dato altamente expresivo. Durante la mañana del 24 de marzo de 1976, en una casa de Villa Martelli, mientras todas las radios transmitían los eventos del golpe militar, Santucho, apenas acompañado por dos de los suyos, redacta, para su difusión entre los milicianos y militantes del PRT-ERP, un texto que busca indicar cómo responder a la nueva situación del país. Empieza así: “¡Argentinos, a las armas!”. En ese momento, la situación —según habrá de describirla Rodolfo Walsh— era de reflujo en las masas y desbande generalizado en los sectores profesionales e intelectuales. O Santucho no era un buen conductor estratégico y su visión de los hechos políticos era repetitivamente defectuosa o tal vez —dicho en su descargo— no tenía condiciones para lo que eligió ser en la vida: un líder revolucionario. No alcanza para algo tan complejo el mero coraje, la decisión de arriesgar la vida o la muy grave y compleja de sentirse autorizado a tomar la de los otros. Y si no tenía condiciones todo debía casi fatalmente salir como salió: mal, muy mal. Porque: *Quien no nace para el cielo de balde es que mire arriba*. Como dice una impecable reflexión del Moreno en su metafísica payada con Martín Fierro.

PERÓN ELIGE LA SANGRE

El asesinato de Rucci es una declaración de guerra. Los Montoneros no parecieron haberlo notado en el momento. Creyeron que era una “apretada”. El país ya se había acostumbrado a las apretadas. Más aún: una de las claves de la política argentina de esos años era la del “fiambre más adecuado sobre la mesa de negociaciones”. Así, tal como suena. Si dos grupos adversarios o, sin más, enemigos, tienen que sentarse a negociar dentro de cinco días o una semana, hay que ir a esa reunión ganando antes de que se realice. ¿Cómo se hace esto? *Hay que tirar sobre la mesa de negociaciones el fiambre más adecuado*. Así las cosas, cuando llega la negociación, el grupo que se cargó al mejor muerto entra sacando pecho, entra ganador: “Ojo con nosotros. Mejor arreglan o seguimos amasijándoles cuadros. No andamos de joda. Esto es serio. Tan serio como la guerra. Así que a portarse bien, salames. O negocian como blandos o los seguimos cagando a tiros como duros”.

Pero lo de Rucci, como apretada, fue un desastre. Nadie se sintió “apretado”. Toda la derecha peronista lo tomó como la declaración de guerra que los zurdos les tiraban por la jeta. Decir *fuimos nosotros* fue decir demasiadas cosas. No se debió haber dicho. Se debieron haber medido los efectos que esa firma estampada al fiambre desataría. Fuimos nosotros era:

Primero) Nos cagamos en usted, general.

Segundo) Estamos al margen de su conducción y hasta contra ella.

Tercero) Nos cagamos en la democracia. Algo típico de los tiempos que corrían. La democracia era una mentira de la burguesía. Lo había sido siempre y no tenía por qué cambiar. Pero, ¿no se había apostado a la política de superficie? ¿No se había participado con entusiasmo en la campaña electoral? Sí, se había cuestionado la candidatura de Isabel. El *Desca* había salido con un enorme título. Decía: *Renunció Evita*. Foto

de Evita en el acto en la 9 de Julio, hablando con las manos hacia arriba, desesperada ante un pueblo que la urgía a aceptar una candidatura que todos le negaban, los militares, los curas, la oligarquía y hasta Perón. Y abajo, en letras chiquitas, escasamente visibles: *A los honores, no a la lucha*. El mensaje era claro: Isabel, si Evita, que valía tanto más que vos, renunció a la vicepresidencia, ¿qué se te ocurre que tenés que hacer? La Orga había propuesto a Balbín. Balbín había charlado bastante con la Orga y no le disgustaba la idea. Pero no caminó: nadie, ningún peronista quiso a un radical en la vicepresidencia. (Nota: Desde la altura de los tiempos, desde los años transcurridos, no es sino posible darles la razón. Balbín tenía una condición moral superior —muy superior— a la de Cleto Cobos, pero era un radical. Si Perón moría (y en el aire todos husmeaban esta temible posibilidad), el presidente sería Balbín. La Orga y toda la Juventud Peronista preferían esta posibilidad. Balbín no era un asesino. No tenía un Brujo a sus espaldas. Tampoco era un traidor. Raro que hubiese inventado el cletocobismo. Sí, habría sido lo más sensato: Perón-Balbín. Lo más sólido institucionalmente. Pero, ¿lo dejarían gobernar los peronistas si Perón, tal como lo hizo, se las piraba de este mundo?)

Cuarto) Al cagarnos en la democracia nos cagamos en el pueblo. Nuestro “pueblo” no es el de las urnas. Ese es el pueblo de la burguesía. Nuestro pueblo es el pueblo peronista. El que luchó y luchará siempre por las banderas que usted está dejando de lado.

Quinto) La guerra sigue vigente. Siempre se está en guerra. Nada cambió. No creemos en la primacía del tiempo. El tiempo juega a favor de la oligarquía, de los burócratas (que se eternizan en sus puestos) y del imperialismo, que se está rearmando luego de la derrota de Vietnam. Lo de Allende en Chile nos da la razón a nosotros. El pueblo se lo gritaba en la jeta al campeón de la vía pacífica y democrática al socialismo: *Alen-del Alen del pueblo te defiende*. ¿Les dio armas? ¿Les dejó armas para que lo defendieran? No, los dejó indefensos. No mató a nadie, murió él. Basta. Aprendimos la lección. Lo dijo nuestro jefe: *el poder político brota de la boca del fusil*.

Sexto) Le arruinamos su Pacto Social, general burgués. No hay Pacto Social. No hay ninguna clase de pactos. Los pactos requieren reuniones, palabras, buenos modales con los hijos de puta, tiempo. No hay tiempo, general. Estamos en guerra. La única primacía es la de la sangre.

Esta es la mayor desobediencia. La mayor altanería ante el viejo general en batalla. Discutirle la primacía de los tiempos. Alterársela. Decir a toda voz, claramente, tan claramente como podía decirlo el cadáver de Rucci: *El tiempo no, la sangre*. La prioridad —como siempre— es la sangre. Tal como cuando lo boleteamos a Aramburu. La sangre, general. La guerra.

La respuesta es inmediata. La CGT declara un paro nacional de treinta horas. Al día siguiente del asesinato de Rucci se lleva a cabo su sepelio. *Va el país*.

Miguel me dice:

—Hay que tener en cuenta esto.

—Esto, qué.

—Lo que estás viendo, boludo.

—Estoy viendo el entierro de Rucci.

—Más que eso. Lo que estás viendo es que la puta burocracia sindical para el país cuando se le canta.

—Cuando le matan al jefe de la CGT no es cuando se le canta.

—Sí, eso estás viendo. No importa el motivo. Hasta lo pueden inventar. Importa que están organizados como para parar el país, todo el país. ¿Qué podemos parar nosotros? Sí, no me lo digas. Al país lo paramos nosotros. Porque “fuimos nosotros”. Todo este quilombo pasa porque “fuimos nosotros”. No me jodas. Cuando bajan a uno de los nuestros no para ningún gremio. Salimos los mismos boludos de siempre a llenar las calles y a gritar consignas más o menos ingeniosas. Pero siempre, todas, absolutamente todas, al pedo.

El sepelio de Rucci fue impresionante. Perón estaba pálido, demacrado, ojeroso. El cortejo marchó lentamente por la Avenida de Mayo

para llevar el ataúd al Congreso. Antes habían estado en la Catedral. Muchos autos. Muchas motos con canas de casco. Luego, a la Chacarita. La foto que hay de este momento es feroz. Perón, de civil, siempre ojeroso, sombrío. Isabel tapada por los canas de la custodia. Y alguien que mira a cámara. Mira al fotógrafo como si fuera a morderlo. Es un tipo de cejas marcadas, abundantes. Pelo y barba negros. La boca algo quebrada en un gesto desdenoso. Traje y corbata. Va muy cerca de Isabel. Aunque pareciera que justo en ese momento se distrajo y ella se le alejó. Se distrajo por el fotógrafo. Es la cara que más nítidamente se ve en la foto. Es el subcomisario Rodolfo Almirón, un asesino. Uno de los pilares de la Triple A. Ese día, ese 26 de septiembre en que el país de la derecha rencorosa está lista para cobrarse deudas, empiezan los asesinatos. El primero en caer es Enrique Grynberg, un militante de la Jotapé de 34 años.

Un compañero —al enterarnos— me dice:

—Empezaron con un judío, eh. Preocupate.

—No, porque van a seguir con los pelotudos y hasta terminar con todos. Preocupate.

¿Nos estábamos volviendo locos? Era la primera vez que alguien me decía “judío” casi desde mi infancia. A mí me irritaba muchísimo. No sabía qué hacer. No sabía en nombre de qué enojarme. Yo no era judío. Mi vieja era católica y —para más— de Río de Janeiro. Se sabe: si nacés de vientre católico sos católico. Igual, con un apellido como el mío (que era el de mi viejo), en la Alemania de 1941 me hubieran metido en algún horno. Pero yo no creía tener nada de judío. Salvo la nariz. Pero una nariz no te hace ser lo que sos. Eso lo hace uno. Bué, no voy a romper las pelotas con esto. Pero, ¿qué le había hecho decir una tontería así a un compañero que conocía de años y años? El miedo. “Empezaron con un judío. Yo no soy judío.” Y algo más: una consecuencia del miedo. Que es la pérdida de la lucidez. Se dice cualquier cosa. Lo que le viene a cualquiera a la cabeza, lo dice.

Parece que —en un acto por completo irreflexivo— Grynberg había festejado públicamente con un brindis en la Facultad de Derecho la muerte de Rucci. Mala idea. Lugar totalmente inadecuado, lleno de nazis de la *Concentración Nacional Universitaria* (CNU). Alguno que lo oyó pasó el informe a la gente del Ministerio de Bienestar Social. Lo fueron a buscar. Tocaron el portero. Grynberg, sin sospechar nada, bajó a abrir. Lo barrieron.

Y ahí empezó la cosa. ¿Qué es la cosa? Es la Muerte. Se acabó el tiempo. Es la hora de la sangre. El asesinato de Rucci lo cambia a Perón. Cambia las prioridades que tan prolijamente había enunciado. Pasa de *El tiempo, no la sangre* a *La sangre, no el tiempo*. Convoca una reunión urgente del Consejo Superior Justicialista. Este Consejo estaba integrado por personajes insospechables de cualquier tipo de *zurdismo*. Eran Lorenzo Miguel, Jorge Camus, Humberto Martiarena, Norma Kennedy y Julio Yessi. A este personaje no lo hemos mencionado. Era un pelele de López Rega y lo habían puesto al frente de una presunta agrupación juvenil que inventaron para demostrar que había muchas expresiones de la juventud peronista. La de Yessi llevó por nombre Juventud Peronista de la República Argentina. La Tendencia la bautizó: la *jotaperra*.

El Consejo Superior Justicialista emitió un *Documento Reservado* escalofriante. De *reservado* tuvo poco. A los dos días apareció en *La Opinión* de Jacobo Timerman. Dardo Cabo, en un editorial del *Desca*, se preguntó: “¿Desde cuándo los peronistas nos enteramos por los diarios de las decisiones de nuestro Consejo Superior?”. Desde que mataron a Rucci. Desde que le declararon la guerra a Perón. Desde que dejaron de ser peronistas. Ser peronista es ser leal a Perón. Así de simple. Ustedes, por consiguiente, no son peronistas. Esta era la respuesta del *Documento Reservado*. Pero era peor. Era una declaración de guerra. Era, por parte de Perón, la elección firme, sin retroceso posible, de la sangre.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Perón habla otra vez desde los balcones de la Rosada (pero con vidrio antibalas)